

Arturo Sosa A.

El avión es para viajar... si uno está apurado

El misterio de los ojos escarlata

La película de Alfredo no se termina. Cuando se prenden las luces, uno se queda sentado porque sigue viendo la película que «El Misterio de los Ojos Escarlata» ha logrado despertar en cada uno de los espectadores. Lo que provoca es que vuelvan a apagar las luces y comience de nuevo la proyección para seguir disfrutando de las imágenes, la música, los recuerdos, las preguntas sobre el pasado, presente y futuro que se suscitan... en un muy sabroso clima de profunda humanidad, de amor.

Un comentario —en ningún momento pretendo hacer crítica cinematográfica— de esta película de Alfredo J. Anzola no puede hacerse «desde afuera», pues su primera característica es que quien se sienta a verla deja muy pronto de ser espectador para convertirse en actor de la escena. Por eso, las reflexiones que suscita tienen mucho que ver con el personaje en el que uno se convierte dentro de la película.

EDGAR J. ANZOLA, INVENTOR DE LA SONRISA

Si uno no supiera por otras fuentes de la existencia real de Edgar J. Anzola, diría que Alfredo ha creado un personaje de fábula. Hizo tantas cosas y tan variadas que su vida parece mentira. Un muchacho de Villa de Cura que para ganarse la vida

se viene a trabajar a Caracas, organiza con sus amigos y compañeros de trabajo funciones de teatro, es capaz de descubrirle los secretos a la Ford Motor Company y traerse los carros desarmados de Estados Unidos para armarlos aquí y llevárselos a los compradores en cualquier parte de un país que se movilizaba en mulas, creando otro espectáculo por donde pasaba; igual con los tractores o cuanto máquina significara introducir las innovaciones de la vida moderna, incluido el avión que ayudó a amar, pero en el que no viajó porque no estaba apurado.

Su curiosa habilidad lo lleva a grabar los primeros discos en Venezuela, a montar la primera radio (Broadcasting Caracas) y transmitir desde ella los acontecimientos desde el propio terreno, aunque hubiera que utilizar el alambre de púas como conductor, difundir las voces de moda en toda América y hacer familiar la suya, a través de la onda corta, por todas partes. Autor y narrador de impactantes radionovelas, como la que da título a la película.

La imagen también lo apasionó. Llegó a dominar el arte de la fotografía y no faltaba su participación en los concursos para aficionados. Dibujaba, ilustraba publicaciones o afiches. Fue pionero del cine. Su cámara registró escenas familiares, los viajes por Venezuela de los que era muy devoto, eventos que organizaba,

la construcción de las primeras represas para producir electricidad, hasta trabajos educativos como la película sobre la anquilostomiasis, la filmación de la novela de Rómulo Gallegos *La Trepadora* y el largometraje *Amor, tú eres mi vida*.

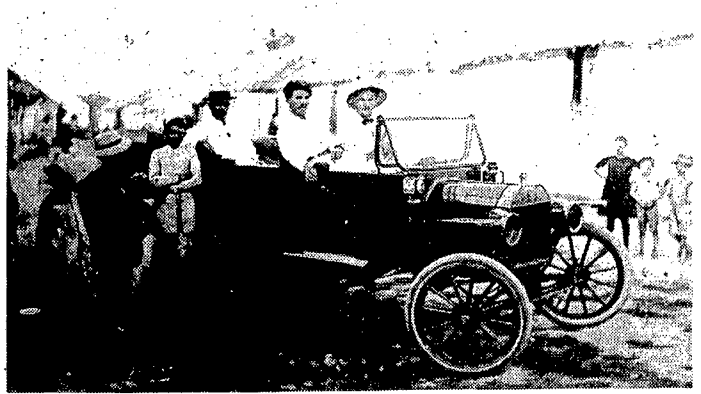
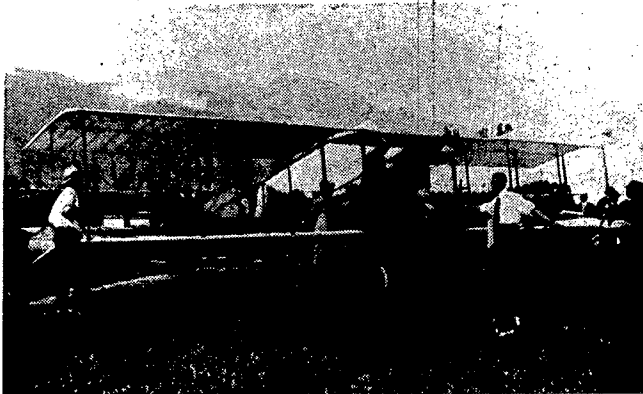
Estas cosas y muchas más hechas con tanto gozo que puede afirmarse que la vida de Edgar J. Anzola fue una permanente *mamadera de gallo*. En ella se refleja una manera de vivir profundamente humana. Los retos que asumió Edgar J. Anzola no eran fáciles, corrió toda clase de riesgos y trabajó mucho durante años para llevar a la realidad sus sueños. No desperdició las oportunidades de hacer amistades y sembrar cariño. Lo hizo disfrutando de lo que hacía y comunicando ese gozo, repartiendo sonrisas. Por eso, después de ver «El Misterio de los Ojos Escarlata» estoy convencido de que Edgar J. Anzola fue el inventor de la sonrisa y de que su invento ha sido tan exitoso que al nombrarlo en cualquier parte surgen millones de sonrisas.

UN MODO DE HACER CINE

Alfredo J. Anzola juntó, a la vivencia de su papá, una enorme cantidad de materiales que «el viejo» había guardado: fotos, películas, discos de pasta, apuntes, cartas... y un grupo capaz de convertir todo eso en «El Misterio de los Ojos Escarlata». La reconstrucción de cómo se grabó la radionovela, la selección y encadenamiento de las imágenes en las que se alternan vistas fijas y películas dan como resultado una imagen limpia, variada y original, detrás de la cual hay muchas horas de elaboración.

El sonido merece especial mención. La música, en excelente selección, es original de los discos conservados por Edgar J. Anzola y reproducidos en una victrola ortofónica auténtica. También se reproduce los monólogos cómicos de Edgar J. Anzola, «El hombre de la llanura», y el de Rafael Guinand, «Inaguración

1911: Hipódromo de El paraíso (Caracas).
Piloto: Sr. Bollans. Edgar J. Anzola al lado de la hélice



Archivo personal de Edgar J. Anzola

de una estatua». Se completa con la grabación de un capítulo de «El Misterio de los Ojos Escarlata» hecha ahora con medios de entonces, y la narración dialogada entre Alfredo, el hijo, que relata sus recuerdos, Edgar, el padre, con sus anécdotas y el narrador que teje los hilos de la trama.

El resultado es una película muy original en la que la técnica actual se pone al servicio de darle vida a materiales antiguos, con un estilo en el que las raíces en la tradición permiten dar frutos maduros en el presente. Es un trabajo en equipo, en el que la pasión por un modo de hacer cine venezolano logró convertir los cajones del recuerdo familiar de los Anzola en el retrato vivo de la persona de Edgar en su contexto histórico y afectivo, con una fluidez narrativa que mantiene el interés todo el tiempo que dura el largometraje.

EL COMIENZO DEL SIGLO XX EN VENEZUELA

Desgraciadamente se ha hecho moneda corriente una frase de Mariano Picón Salas en la que se afirma rotundamente que «Venezuela entró al siglo XX en 1936», es decir, a la muerte de Juan Vicente Gómez. La convicción común entre los venezolanos es que durante el larguísimo período

de las Presidencias de los Generales Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez no pasó absolutamente nada en el país. Se los presenta, especialmente a Gómez, como ignorantes campesinos, diestros en el uso de la fuerza, a tal punto que lograron congelar la historia venezolana por treinta y cinco años, de tal manera que a la muerte del dictador seguía Venezuela en el siglo XIX.

Uno de los méritos de «El Misterio de los Ojos Escarlata», posiblemente ni siquiera pretendido por su creador, es darle un golpe mortal a esa imagen de las primeras décadas de este siglo. La película de Alfredo Anzola abarca desde los primeros años de este siglo, cuando su papá se viene de Villa de Cura a Caracas, hasta 1947, cuando nace él mientras Rómulo Betancourt preside la Junta Re-

neral Medina. Si esa visión fuese verdadera, Edgar J. Anzola no existiría sino en esta cinta, producto de la imaginación de un exaltado y creativo hijo suyo.

«El Misterio de los Ojos Escarlata» no nos muestra únicamente la figura de Edgar J. Anzola, sino la de un país que da sus primeros pasos, lleno de entusiasmo, en eso que llamamos «el siglo XX», es decir, en la modernización. Edgar Anzola no es un personaje solitario, sino una figura de su tiempo. Lo que hizo, a su exquisita manera, no fueron ocurrencias individuales, sino parte de un movimiento de las élites venezolanas de este tiempo.

No podemos olvidar que fue en este período cuando se hicieron las primeras inversiones petroleras y se comenzó su explotación en gran escala, usando la tecnología «de punta» del momento, cuyo impacto en el conjunto de la sociedad venezolana, por muy «de enclavé» que fuese la industria petrolera, fue profundo. Por eso, no puede extrañar que los dueños del Almacén Americano importaran cajas registradoras, neveras, radios... y enviaran al joven Anzola a Boston a entrenarse en la Ford para comerciar esos vehículos en Venezuela.

La imagen decimonónica se ha querido presentar especialmente en el ámbito cultural. Ya se empieza a reconocer la importancia del

movimiento positivista en este período, superando la simpleza de presentarlo como la falsa cobertura ideológica del despotismo gomecista. Pensar en grabar discos en Venezuela, iniciar una emisora de radio, filmar largometrajes, no era posible en un ambiente cultural paralizado en el siglo XIX. ¿Quién se hubiera imaginado al muy serio Dr. José Gil Fortoul, varias veces Ministro de Gómez, inaugu-

Lupe Rivas y su sobrina Luisita con Edgar J. Anzola (1931)



Grupo Artístico Nacional: José A. Escobar, Antonio José Ramos, Ricardo Espina, María Luisa Escobar, Edgar J. Anzola (1928)

volucionaria de Gobierno formada después del derrocamiento del General Isaías Medina Angarita por la frágil alianza entre los «jóvenes militares» de la Unión Patriótica Militar y Acción Democrática. Precisamente lo que para una cierta interesada historiografía es la pura prolongación del siglo XIX, con las primeras innovaciones permitidas por la viveza del General López Contreras y la liberal bondad del Ge-

rando solemnemente el Segundo Salón del Humor, organizado, como el primero, por Edgar J. Anzola?

La escena del desfile militar del 5 de julio de 1934 en el campo de aviación —leáse bien, campo de aviación— de Maracay, presentada en «El Misterio de los Ojos Escarlata», es un claro ejemplo de lo que venimos diciendo. Allí no desfila una «montonera caudillista», sino un ejército regular profesional que cuenta, además de con sus vistosos uniformes de corte germánico, con equipos de comunicaciones, escuadrillas de apoyo aéreo y carros blindados fabricados en Venezuela. Una imagen tan poco decimonónica, que representantes suyos, como López Contreras y Medina, y la propia institución armada bajo el mando de Carlos Delgado Chalbaud y Marcos Pérez Jiménez, van a ser los sujetos políticos responsables de pasos significativos de la modernización de Venezuela.

La película de Alfredo Anzola posee, por consiguiente, una dimensión pedagógica muy valiosa. Nos abre los ojos a un país no sólo olvidado y desconocido sino tapiado por los prejuicios que impiden verlo en su desnuda realidad y proceso. Hace poco tiempo se la hubiera tildado de complaciente con el gomecismo o de apologista de la dictadura. Hoy se convierte en un modo de transmitir imágenes contemporáneas a quienes no vivieron esa época, y en instrumento de revisión de las suyas a quienes han construido, conscientes o inconscientemente, imágenes interesadas de esos años de nuestra historia reciente.

UNA PELICULA DIVINA

Siñ duda que lo más importante de «El

Misterio de los Ojos Escarlata» es el amor que trasmite, porque fue hecha desde un muy grande amor, y con tanto amor que lo desborda. Es una película tan humana, tan cálida que todos los otros valores comentados quedan envueltos en esa atmósfera amorosa más allá, incluso, del tiempo que dura la proyección. Por eso, es una película de la que se sale contento y feliz, con una sonrisa que causa sorpresa a quienes uno se encuentra luego en la

creyeran ni una letra, hasta que vieron los recortes de prensa que guardaba Edgar J. Anzola y verificaron que su abuelo había sido actor de cine nada menos que en «Amor, tú eres mi vida».

Ahora resulta que lo que veíamos como las «loqueras de mi papá» fueron parte de los primeros pasos en la ruta de la modernización de Venezuela. Que esa curiosidad que ellos tenían y nos llamaba la atención cuando niños y jóvenes nos llevó

lejos. Que su afán por viajar hacia el interior del país, por conocer cuanta fábrica, carretera, urbanización, aparato o corotico nuevo trajeran o vieran en los periódicos de aquí y de afuera era parte del entusiasmo por llevar a la realidad los sueños de un país moderno. La situación en la que hoy vivimos carga las tintas sobre las sombras de ese proceso. El sueño no se hizo tal cual en la realidad y nadie más que ellos mismos son conscientes de las limitaciones de sus realizaciones y de la responsabilidad en las carencias de la sociedad que nació de esos esfuerzos. A nosotros nos tocará hacer la realidad más cercana a nuestros sueños, en gran parte heredados de los de ellos. Reconocer cuánta humanidad, calidez, cariño y amor vivieron ellos es la mejor enseñanza que recibimos y lo que puede ayudar-

nos a disfrutar gozosamente de la inmensa tarea de hacer realidad una sociedad como la que soñamos y deseamos para el presente y el futuro.

Gracias, Alfredo, por este diálogo con tu papá, que se ha convertido en una conversación en la que no sólo cabemos nosotros sino las futuras generaciones interesadas en vincularse a sus raíces y su tradición en este siglo XX.

EL MISTERIO de los Ojos ESCARLATA

Ficha Técnica

El Misterio de los Ojos Escarlata, Venezuela 1993

Producción y Dirección:	Alfredo J. Anzola
Fotografía:	Hemán Toro
Sonido:	Mario Nazoa
Grabaciones originales:	Luis Toro, Juan Avilán, Edgar J. Anzola y Domingo Luca
Montaje:	Luisa de la Ville, Olegario Barrera y Alfredo Anzola
Producción:	Marianne Delon, Luisa de la Ville, Flavia Balmasano e Iraima Vargas
Actuaciones:	EiBa Escobar, Kristina Wetter, Julio Mota, Eduardo Gadea Pérez, Olegario Barrera y Chile Veloz.
Estreno:	Cinemateca Nacional, 26 de marzo de 1993

calle o en la casa.

Para quienes nacimos durante el turbulento «trienio adeco» (1945-1948) en la capital de la República, esta película se convierte de verdad en la revelación de muchos misterios. Las historias que escuchamos cuando niños, que nos parecían cuentos de los viejos, descubrimos que son tan verdad como la de quien se cansó de decirle a sus hijos y nietos que había actuado en una película sin lograr que le